

Tami, el músico



por
María Olmedo Soler

Editorial Mos

julio de 1990

escrito en julio de 1990 por

María Olmedo Soler

Todos los derechos reservados

Tami era un joven músico ambulante de gran corazón que viajaba por todo el mundo. Lo único que poseía era la gastada ropa que siempre llevaba puesta, una bufanda de lana que su madre le había hecho, un maltrecho sombrero de paja, y un violín que su padre le había regalado cuando el joven partió de su casa para recorrer mundo. Le acompañaba fielmente en todos sus viajes su mejor amigo, un perro callejero de color castaño, con orejas colgantes y ojos escondidos entre su larga melena, al que había recogido en un pueblo, hacía ya mucho tiempo, cuando el animal estaba herido tras la disputa con otro perro, mucho más grande que él.

Tami puso al perro por nombre Alegre, y los dos se hicieron pronto inseparables amigos. Así, la pareja del chico violinista y el perro bailarín se hizo muy famosa en todo el mundo, y en todas partes a las que iban encontraban amigos.



Un hermoso día de Primavera, Tami y Alegre llegaron a un pueblo situado en lo alto de una montaña, el cual nunca antes había visitado Tami. Era un lugar muy pobre, cuyos habitantes parecían muy tristes por su miseria. Sin embargo, junto al pueblo, se alzaba majestuoso un castillo blanco que parecía llegar hasta las nubes. Por un momento el músico quedó paralizado ante la belleza de la fortaleza, pero el llanto de un niño cerca de él le devolvió a la realidad.

Los dos viajeros se dirigieron a la pequeña plaza situada en el centro del pueblo, y allí Tami se puso a tocar una hermosa y alegre musiquilla mientras el perro hacía piruetas a su alrededor. Poco a poco la plaza, que antes estaba vacía, se fue llenando de gente que rodeó a los dos artistas. Tami observó lleno de felicidad cómo en las caras tristes de los habitantes del pueblo aparecían sonrisas. Y escuchó algunas risas.

El joven, muy complacido, siguió tocando durante varios minutos, y acompañó su música con una canción que le había enseñado su madre.

Al acabar, el perro se puso en dos patas y Tami hizo una reverencia con su sombrero ante todos los espectadores, que les aplaudían con fuerza.

Una anciana mujer se le acercó y puso la mano sobre su hombro.

- Perdona que no te podamos dar dinero, pero aquí todos somos muy pobres. Pero ven a mi taberna, que mi marido te dará gustoso algo de comer.

- Gracias, buena mujer - contestó Tami -. Lo que más me importa es que mi música os haya dado algo de felicidad. Sin embargo, acepto tu invitación, pues mi perro y yo hace dos días que no comemos.

Así, la mujer condujo a los dos viajeros, que eran seguidos por muchos del pueblo, a una pequeña taberna llamada "Casa de Solancia". La mujer informó a Tami que Solancia era el nombre del pueblo en que se encontraba. Luego le invitó a entrar y a sentarse en una mesa del local.

El marido de la anciana, un hombre obeso de cara redonda como un queso, era muy amable y, tras felicitar a Tami por su actuación, trajo un plato de alubias al muchacho y un carnosos hueso al perro, que lo devoró agradecido.

La anciana se sentó junto a Tami y le preguntó de dónde venía.

- Vengo de todas partes y de ninguna en especial. Dejé el hogar de mis padres hace bastantes años para recorrer mundo, y no he dejado de andar desde entonces. Suelo quedarme muy poco tiempo en los lugares a los que voy.
- ¿Y no te sientes solo?
- ¡No, nunca! En todas partes encuentro amigos, y además siempre tengo junto a mí a mi perro Alegre y mi violín.

En ese momento entraron en la taberna varios hombres, vestidos todos con relucientes armaduras de color plateado. Poco a poco se fue apagando el ruido del lugar hasta quedar todos en un incómodo silencio.

- Son los soldados de la guardia personal de la princesa - susurró un hombre que se hallaba sentado junto a Tami-

- ¿Qué habrán venido a hacer aquí? - preguntó en voz baja el tabernero, frunciendo el ceño.

Tami pudo darse perfecta cuenta de que la gente del pueblo no sentía ninguna simpatía por esos soldados.

- ¿Dónde está el músico? - exclamó uno de los soldados.

Tami se puso en pie.

- Yo soy Tami, el músico ambulante.

- Entonces ven con nosotros. La princesa Viranda desea que te presentes ante ella.

- ¡Oh, no! - exclamó la anciana tristemente.

- ¿Qué ocurre?

- La princesa Viranda es muy caprichosa - susurró el tabernero -. Debe haberte oído tocar y le habrá gustado tu música. Tal vez te haga quedar en el castillo por siempre para que toques para ella. No volveremos a verte.

- Basta de charla - gritó el soldado -; vamos.

Tami llamó a Alegre, que se situó junto a él, y se volvió a los de la taberna:

- No os preocupéis. Puede que la princesa quiera que toque algo para ella, pero luego volveré.

De este modo, Tami y Alegre fueron conducidos al maravilloso castillo blanco. Una vez allí, un lacayo les invitó a pasar al palacio y les condujo por una serie de corredores hasta un salón, donde dejó a los dos compañeros solos.

Al poco rato entró por una puerta de oro una joven, algo más joven que él, de largo cabello negro y vestida con un largo vestido de seda azul de mangas anchas. El chico hizo una reverencia. La joven miró a Tami altivamente. Lentamente dio la vuelta alrededor de él, observando su aspecto y el de su perro.

- ¿Cómo te llamas?

- Mi nombre es Tami; y éste es mi perro Alegre.

- Yo soy la princesa Viranda - dijo la muchacha, levantando la cabeza con aire de superioridad. Te he mandado llamar porque he oído tu canción y me ha gustado mucho. Quiero que a partir de ahora cantes para mí. Te quedarás en el castillo para siempre y tus canciones serán sólo para mí.

- Pero yo no puedo quedarme en el castillo, princesa.

Viranda le miró contrariada.

- ¿Por qué no puedes?

- Las personas de vuestro pueblo me están esperando; y pronto deberé ponerme de nuevo en camino.

- ¿Qué importan los campesinos y pastores? ¿Acaso no prefieres tocar para una princesa? Además yo puedo hacer que seas admirado por todos. Y puedo hacerte muy rico.

- Pero yo no deseo ser admirado, sino admirar las cosas bellas de la vida. Sólo ansío dar felicidad a todos, y ya tengo un gran tesoro.

- ¡¿Tú?! - la princesa miró despectivamente al músico -. ¿Acaso quieres hacerme creer que en tus bolsillos llevas oro?

- No, princesa; mi tesoro es aún mayor que el oro. Tengo amigos por todas partes que me quieren y a los que quiero.

La princesa miró sorprendida y enfadada a Tami.

- Pero eso no se puede comparar al oro o a las piedras preciosas. ¿Cómo es posible que no desees quedarte en el castillo? Más de uno daría sus dos piernas por conseguir lo que te estoy ofreciendo a ti.

- Entonces ofrecédselo a ellos, princesa, pues yo no deseo quedarme.

- ¡Parece que no te das cuenta de lo que te digo! - la princesa estaba furiosa -. Te ofrezco riqueza, fama... Y tú las desprecias.

Tami miró largamente a la princesa Viranda, y al fin dijo:

- Está bien, princesa; me quedaré en vuestro castillo hasta que vos queráis.

Al oírle, la princesa se alegró mucho.

- Al final has tomado una sabia decisión. Mandaré que preparen una de las más grandes habitaciones del castillo para ti y para tu perro.

Antes de que Tami pudiera rechazarla, la princesa Viranda llamó a dos lacayos para que se ocuparan de la habitación de Tami y Alegre; luego, sin despedirse siguiera de ellos, salió del salón.

El músico y el perro fueron conducidos a una gran habitación; la grandiosa cama tenía sábanas de seda, ya los pies de ésta había un jergón para el perro. Doradas figurillas adornaban la habitación, y una ventana de cristales de colores permitía ver el hermoso jardín del palacio. Y más allá de la muralla del castillo, el pequeño pueblo de Solancia.

Tami abrió la ventana y observó el paisaje con cierta nostalgia, que Alegre notó.

El animal se sentó junto a su amigo.

- No sabes por qué he aceptado quedarme ¿verdad, Alegre? - dijo el joven acariciando la cabeza del perro -. Deseo volver al pueblo de Solancia para ayudar a sus habitantes a ser más felices; sin embargo creo que la princesa Viranda me necesita ahora más que ellos. Quiero ayudarla para que aprenda de las cosas de la vida que no posee.

Aquella noche el rey de Solancia dio una fiesta en el castillo, y la princesa le dijo que deseaba que Tami actuar ante toda la corte. Así, el rey, que nunca le negaba nada a su hija, mandó llamar a Tami para que él y su perro actuaran durante la cena para sus invitados.

Cuando todos los invitados se sentaron a la larga mesa del salón del palacio para comenzar el banquete, Tami apareció ante todos con su violín, acompañado por Alegre. Llevaba ropas nuevas y elegantes que nunca hubiera soñado tener, pero no le gustaban. Eran incómodas y le daban calor; hubiera preferido llevar su ropa de siempre, pero la princesa se lo prohibió.

El músico violinista comenzó a cantar una suave cancioncilla, acompañándola con el dulce son del violín, mientras Alegre daba vueltas a su alrededor a dos patas. Era una canción muy hermosa, pero la princesa no estaba contenta, pues era triste y no tenía



vida; y el perro no daba saltos ni volteretas como Tami le había dicho que hacía. No era una actuación de tan magnífica fiesta - o así, al menos, pensaba Viranda -, y esto hizo que la princesa estuviera toda la noche de muy mal humor.

Cuando hubo acabado la fiesta y todos los invitados se hubieron ido, la princesa Viranda mandó llamar a Tami.

- ¿Qué te ha pasado esta noche? - le riñó la princesa enfadada -. No me ha gustado tu canción. Aunque era bonita, era demasiado triste; ha logrado deprimirme.

- No podía cantar nada alegre, princesa, porque no me siento así. Estoy triste porque deseo recorrer el mundo y conocer tierras nuevas. No me siento bien aquí encerrado, sin poder viajar.

- Debieras sentirte honrado y agradecido por el privilegio de ser mi músico.

- Pero yo estoy acostumbrado a tocar y cantar para la gente sencilla, y me gusta que mi música alegre su vida. Ver a las personas felices, a pesar de todos sus problemas, hace que mi música sea más alegre.

- ¡Qué tontería! - exclamó la princesa Viranda disgustada.

- No es ninguna tontería, y espero que algún día lo podáis comprender.

La princesa no comprendía lo que Tami intentaba explicarle, pero el joven no se desanimó. Decidió que, a pesar de añorar el mundo que rodeaba el castillo, no se iría hasta hacer entrar en razón a la princesa.

Una mañana, cuando el sol ya estaba muy alto en el cielo, un lacayo de la princesa dijo a Tami que ésta le estaba esperando en el jardín del castillo, y el joven y el perro se dirigieron allí.

En el centro del florido jardín encontraron a la princesa. Se encontraba frente a una hermosa y grande jaula dorada. Cuando la princesa escuchó llegar a los dos compañeros, les hizo señal de que se acercasen.

- Ven, Tami, quiero que veas lo que mi padre me ha regalado.

Tami vio que dentro de la jaula había un hermoso pájaro blanco con plumas multicolores en las alas y en la larga cola. Sobre la cabeza llevaba tres largas plumas de distintos colores. Era un ave muy hermosa, pero no se movía. Permanecía quieta, sobre un columpio de oro, con la cabeza agachada.

- Fíjate en este pájaro - dijo la princesa, sin poder contener su emoción -. Es un Ave del Paraíso. Estos pájaros son muy difíciles de ver, pero mi padre ha conseguido atrapar uno para mí.

- Es muy bonito...

- ¡Oh, sí! Y además dicen que todos los animales del bosque se callan cuando él canta, y que hasta los mismos ángeles se detienen a escuchar su canción.

- Pero este pájaro no canta.

- Lo sé - la princesa se sentó en un banco con aire de disgusto -; y no lo comprendo. No canta ni quiere comer. No parece ser feliz.

- No puede serlo dentro de esa jaula.

- ¿Estás diciendo que no está a gusto en esta jaula? La mandé construir con oro macizo, especialmente para él.

- Perdonadme que os lo diga, princesa - dijo Tami, volviendo la mirada hacia el ave -, pero así es. Este pájaro ha vivido siempre libre, con todo el cielo para poder volar, sin ninguna atadura, y acompañado por otras aves. Pero ahora está aquí encerrado, solo y sin poder volar. Por ello se siente triste.

- No tiene por qué sentirse así. Está en mi palacio porque yo me he fijado en él; debe estar muy contento.

- ¿Recordáis lo que os dije hace unos días? Princesa, este pájaro desea viajar y ser libre. No desea que le admiren, sino poder admirar las cosas bellas del mundo. Si realmente deseáis volver a oírle cantar, hacedme caso y dejadle libre.

- Ni hablar - exclamó la princesa enfadada -; he deseado mucho tiempo este pájaro, y ahora no voy a dejarle ir. Al final cantará, ya lo verás.

Sin esperar respuesta, la princesa se levantó del banco y se dirigió al palacio.

El chico miró al pájaro, el cual escondió la cabeza bajo un ala, y se volvió a su perro.

- Vámonos, pequeño. No me gusta ver a este hermoso pájaro encerrado. Comprendo perfectamente lo que siente.

Los siguientes dos días la princesa estuvo de muy mal humor, pues el Ave del Paraíso seguía sin cantar y se negaba a comer. Se pasaba el tiempo recogida sobre el columpio de oro con la cabeza bajo el ala. Ni las tonadillas de Tami ni los bailes de Alegre conseguían alegrar a la princesa Viranda un poco.

Al tercer día, por la noche, la princesa llamó a Tami, y los dos se dirigieron juntos al silencioso jardín.

- ¿Por qué queríais que viniéramos? - preguntó Tami.

- No sé si tenías razón o no, pero te voy a hacer caso.

El músico la miró sin comprender.

- Voy a dejar en libertad al pájaro.

Sin decir más, la princesa abrió la pequeña puerta de la jaula dorada, y se alejó de ella. Un momento después el ave comenzó a moverse, mirando con cierto temor a la puerta y a los dos jóvenes que le miraban sin hacer ademán de acercarse. Poco a poco se acercó a la puerta. Después de mirar un momento hacia la princesa y el músico, dio un salto para salir de la jaula y, extendiendo sus alas multicolores, alzó el vuelo hacia el cielo estrellado. Dio un par de vueltas sobre las cabezas de los dos jóvenes y desapareció tras los altos árboles que rodeaban el castillo.

Durante unos momentos, les pareció oír una dulce melodía.

Estuvieron un rato callados mirando el cielo, hasta que la princesa Viranda se volvió a Tami.

- Tenías razón. Ahora he comprendido los sentimientos del pájaro y... los tuyos. He sido egoísta privándote de tu libertad por un capricho mío. Puedes irte cuando quieras. Sin embargo, te agradecería que al menos esperaras a mañana.

- Claro, princesa. Me quedaré gustosamente esta noche aquí.

Y así los dos jóvenes se fueron a dormir. Si bien la princesa estaba algo triste por haber perdido el Ave del Paraíso, en el fondo se sentía muy bien por lo que había hecho; y Tami se alegraba mucho pro ella.

A la mañana siguiente, cuando acababa de salir el sol, Tami se vistió con sus viejas ropas de siempre, cogió lo poco que llevaba de equipaje, y con Alegre se dispuso a marchar del castillo.

En la puerta del palacio encontró esperándole a la princesa Viranda.

- Sabía que te irías temprano, y quería despedirme de ti. Me gustaría pedirte un favor antes de que te vayas.

- ¿Qué deseáis, princesa?

- Que toques para mí una melodía con tu violín.

Tami, tras una pequeña reverencia, dejó su bufanda y abrigo en el suelo y, apoyando el violín sobre su hombro, comenzó a tocar una hermosa y alegre melodía, mientras Alegre daba volteretas y bailaba a dos patas a su alrededor. Era la música más alegre que Tami había tocado desde que llegara a Solancia.

De pronto un dulce canto se unió al sonido del violín, y por el cielo apareció la hermosa Ave del Paraíso, con sus plumas de colores reluciendo al sol matutino. El pájaro se fue acercando a ellos, deteniéndose sobre la rama de un árbol junto a Viranda.

Ésta se sentía enormemente feliz al escuchar la música, que le parecía tañida por los mismos ángeles, y al contemplar el fascinante pájaro multicolor, cuyas plumas de la cola estaban extendidas como las de un pavo real. Ahora comprendía las palabras del joven músico. Era mejor observar las maravillas del mundo que ser observado por éste.

- No comprendo por qué el pájaro ha vuelto, después de haberle tenido encerrado durante tres días.

- Lo que le importa a él es que al final le dejasteis en libertad. Este pájaro no recuerda maldad, sino la bondad vuestra al sacarle de su jaula, arrepentida. Tratadle bien y creo que tendréis un amigo para toda la vida.

- Al final entiendo lo que me dijiste la otra noche.

Nunca me he sentido más a gusto con las cosas que me rodean y conmigo misma. Es fantástico hacer el bien a otros. Te estaré eternamente agradecida por lo que me has enseñado en estos días.

- Deseo que seáis feliz. Sólo os pido una cosa: lo que habéis aprendido, recordadlo con vuestro pueblo. Ahora debo irme, pero os prometo que algún día volveré a veros.



Tras despedirse Tami y Alegre de la princesa Viranda, salieron del castillo y se dirigieron al pueblo. Cuando un hombre de allí le vio aparecer por el camino del castillo, corrió a la taberna a decírselo a todos. Entonces salieron y recibieron a los dos compañeros con gritos de alegría. Le hicieron muchas preguntas a Tami, pero éste se limitó a decir:

- No conocéis bien a vuestra princesa. Tiene un gran corazón si se lo buscáis. Pronto lo veréis, seguro. Yo ahora debo irme. Ya no os hará falta mi música para ser felices.

Los del pueblo no entendieron entonces las palabras de Tami, pero pronto lo hicieron. La princesa Viranda cambió mucho, y quiso hacer felices a todos sus súbditos; la tristeza no volvió al pueblo de Solancia, y con los años Viranda se convirtió en una buena reina, querida por su pueblo. El pájaro que todas las mañanas se asomaba a su ventana para despertarla le recordó siempre a Tami, el músico ambulante, y a Alegre.

Pero Tami no esperó a ver todos estos cambios; cargado con violín y acompañado por su fiel perro Alegre, continuó andando por los caminos de todo el mundo, sin pensar en el pasado ni en el futuro; silbando despreocupadamente una alegre cancioncilla. Y así siguió su larga marcha, para buscar otras personas que le necesitaran y a las que poder dar felicidad.

Fin

